

SEGUNDA P

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Mis amigos del 50

CREO más acertado que se nos llame grupo que generación, pues éramos un grupo de amigos que escribían poesía, sin consignas comunes y cada uno a su aire. Nos unía, eso sí, tratar de hacer una obra bien hecha, romper con la ampulosidad empleando un tono coloquial, eliminar la distinción entre palabras poéticas y no poéticas y evitar que las modas, siempre pasajeras, desvirtuaran el resultado, el poema, que ha de sobrevivir a lo efímero.

No voy a valorar la obra de mis compañeros, no es mi oficio, pero sí anotar algunos perfiles y recuerdos de cada uno de ellos, y muy a vuela pluma.

Al primero que conocí, con obra ya publicada, fue a Alfonso Costafreda. Su libro *Nuestra elegía* me gustó muchísimo. Personalmente, le recuerdo muy vital y desbordante, en tremendo contraste con sus momentos bajos, que eran muchos. Ya en Ginebra, escribí *Compañera de hoy*, y pese a que algunos le dieran por acabado, terminó *Suicidios y otras muertes*, que ya no viera impreso, porque precipitó un final que ya había decidido.

Mis vivencias con Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma son muchas, muchísimas, y sus muertes me afectaron más de lo que creí que podía aguantar. No sé por dónde empiezo, pues aún estoy confuso. Los conocí en el patio de la Facultad de Derecho, en Barcelona, cuando teníamos diecisiete o dieciocho años.

Hablábamos de literatura, de poesía sobre todo, pero como lectores solamente. No creo que por entonces hubiésemos escrito nada, yo por lo menos, digno de ser publicado. En segundo curso me trasladé a Madrid, pero les seguía viendo durante las vacaciones. Al terminar la carrera, y de regreso en Barcelona, los traté más asiduamente. Vivíamos muy cerca los tres, Barral en la calle San Elías, Gil de Biedma en un sótano de la calle Muntaner, y yo en la calle Balmes, y nos reuníamos en nuestras casas o en el Bar Cristal.

Carlos ya había publicado *Las aguas reiteradas*, y trabajaba en su primera editorial, que tan mal pago le había de dar luego. Era un hombre alegre, riguroso al escribir, que no daba facilidades al lector porque no se las daba a sí mismo, un apasionado de la etimología, de la cultura clásica y de la literatura alemana, entre otras muchas cosas. Fue hasta su muerte un hombre empeñado en dar a conocer en lengua castellana la mejor literatura mundial. Su prosa es magnífica.

Jaime era un crítico sagaz, un conservador apasionado y provocador, gran conocedor de la poesía anglosajona, desbordante de filias y fobias literarias. Estos y otros rasgos de su compleja personalidad se manifiestan en muchos de sus espléndidos poemas, ya a partir de *Según sentencia del tiempo*, su primera pu-

blicación. Dejó de escribir cuando consideró que su obra estaba hecha.

Ángel González es, doblemente, un príncipe de Asturias, por el merecidísimo premio y porque en su tierra es, además de un gran poeta, una institución. Le conocí en Madrid, cuando publicó *Áspero mundo*, o quizá antes, no recuerdo. Y en Madrid y en Barcelona —nos visitaba a menudo— seguimos viéndonos. Es muy ecuánime, amigo de sus amigos, firme en sus convicciones, divertido y capaz de animar, cantando o recitando, cualquier reunión en la que se encuentre a gusto.

A Claudio Rodríguez es difícil no quererle mucho. Su aspecto serio no puede esconder una gran ternura, una elegancia de sentimientos y una fineza que también se reflejan en su obra. Le gusta disentir de lo que sea, jugar al mus y a los chinos y cambiar de lugar continuamente. Él y su poesía ganan con el conocimiento y con el trato: es un maestro, vaya.

José Manuel Caballero Bonald se me antoja la perla barroca del grupo. Me gustan mucho sus novelas, pero aprecio más aún su obra poética, en verso o prosa, bella como un retablo deslumbrante. Siempre le he conocido —¡ay, hace tantos años!— cordial y muy bien puesto. Dicen que con los años los vinos se enriquecen, y a él le ocurre lo mismo de forma natural.

Francisco Brines es el más clásico de todos. Parece

haber recogido la herencia del esplendor valenciano del Renacimiento. Pulcro y meticoloso en el porte y en su obra poética, no gusta de discusiones acaloradas ni de salidas de tono que, a veces, las madrugadas y el espíritu del vino propician. Es siempre mesurado, conciliador y generoso, y su presencia impone seriedad a las charlas.

Carlos Sahagún es adusto, nada versátil, fiel a unos principios éticos y estéticos que no abandona nunca, y sin más compromiso, como él repite, que la autenticidad. Hombre de pocas palabras, busca siempre la expresión justa: desprecia la retórica, desconfía de la grandilocuencia que disfraza el discurso y busca su inspiración en la sencillez, en la vida cotidiana, en el amor.

Fernando Quiñones es caudaloso y extrovertido, tanto en su modo de hablar y comportarse como en su expresión poética, fantásica y llena de colorido. Como Ángel González, es también capaz de cantar para animar el ambiente. Yo le he visto salir por soleares en una fiesta nocturna, en el desierto, y provocar el entusiasmo de cientos de saharauis, cansados de discursos y adhesiones amigas.

A José Ángel Valente hace ya muchos años que no le veo, y nada sé de él. Dicen que no quiere que le incluyan en este grupo, y creo que hay que respetar su decisión.

Ensayistas, críticos y lectores tienen la palabra para valorar la aportación de estos escritores a la literatura castellana.

“Nos unía tratar de hacer una obra bien hecha, evitar que las modas desvirtuaran el resultado, el poema, que ha de sobrevivir a lo efímero”